

# CONALI INFORMA

## "La liturgia de las Horas en el Adviento"

"La liturgia de las Horas en el Adviento",  
colaboración de José Luis Plaza  
Monárdez, Pbro. (Calama).

### REZAR EN LOS ADVIENTOS DE NUESTRA VIDA

«Rezar con los salmos es una de las  
vivencias más gloriosas de la Iglesia: a  
partir de Jesús ha comprendido el  
alcance de la plegaria bíblica y a partir  
de la poesía y la espiritualidad de los  
salmos se ha acercado felizmente al  
misterio de Cristo»<sup>1</sup>

Los salmos contienen la experiencia de  
un encuentro con Dios, en las más  
diversas circunstancias de la historia,  
tanto personal, como también en la  
experiencia del Pueblo de Dios, que supo  
invocar a su Señor, en las diversas  
vicisitudes de la vida y encontrar ahí, la  
experiencia de un Dios vivo que codo a  
codo tejó y teje la historia de los pueblos.  
Las contrariedades, las invasiones, el  
exilio, el retorno, nada han hecho que  
este Pueblo de Dios deje de encontrar a  
Dios, para invocarle, gritarle, susurrarle y  
hasta llorarle a través de los salmos. Es así  
que esta experiencia de Dios se ha  
hecho Palabra de Dios para nuestra vida

<sup>1</sup> COLS, Domingo, «Orar con los salmos», en  
*Liturgia y Espiritualidad* 7/8 Julio/Agosto (1995)  
355.

y nuestro hoy<sup>2</sup>. En el memorial de la  
liturgia, ese acontecimiento que inspiró el  
salmo, tiene una actualización que  
permite que el ayer del salmista sea la  
voz que aquí y ahora se eleva a su Señor:  
«Espera en el Señor, sé valiente, ten  
ánimo, espera en el Señor»<sup>3</sup>.

### EL SALTERIO DE ADVIENTO

El ordenamiento del salterio en sus cuatro  
semanas es aplicado sin distinguos de los  
diversos tiempos litúrgicos. Lo que sí  
sucede, es que en este tiempo de  
adviento (como en otros tiempos  
«fuertes») se introducen algunos salmos  
escogidos cuya temática toca las  
«Historia de Salvación» del Antiguo  
Testamento como anticipo del  
cumplimiento en el Nuevo Testamento<sup>4</sup>,  
para el Oficio de Lecturas. Se trata de los  
«salmos históricos» 77 (usado solo en  
Adviento, Cuaresma y Pascua), 104 y 105  
(que además de usarlos en los tiempos  
anteriores se usa en Navidad). Esto nos  
viene a señalar que los tiempos fuertes  
de la liturgia, además de las  
motivaciones propias, tienen en común,  
el énfasis de celebrar la historia de  
salvación, y así adentrarse en su  
contemplación espiritual desde el

<sup>2</sup> Cf. DV 13.

<sup>3</sup> Sal 26.

<sup>4</sup> Cf. *Institutio Generalis Liturgiae Horarum*,  
(IGLH) 130.

Misterio de Cristo celebrado en los diversos aspectos en el año litúrgico. Así, la historia de salvación, viene a ser una *lectura orante y meditada* de los hechos sobresalientes de cómo Dios teje la historia de los hombres. Especialmente es muy claro el descubrir que en el momento de la debilidad Dios escucha el clamor de los afligidos y la venida del Mesías, llevará a plenitud lo que hoy es todavía luz y tinieblas. El salmo 104 puesto en la oración del sábado de la I semana, muestra la fragilidad de Israel, a quienes se les envió un caudillo, primero José, luego será Moisés. También nuestro pueblo cristiano, es débil y pequeño, por eso necesitamos que el Señor nos envíe la fuerza del Salvador, como nuevo José y nuevo Moisés, que nos proteja y nos conduzca al Reino prometido.

El salmo 105 que nos lleva a la oración el sábado II, nos dice: «visítame con tu salvación» (v. 4). Ya que el salmista en pleno exilio espera y pide una visita que le dé la verdadera felicidad. Es lo que pedimos también en cada adviento, recordando la visita de Dios a su pueblo.

El salmo 77 propuesto a nuestra oración el viernes y sábado de la IV semana, nos dice en el versículo 35-39: «madrugaban para volverse a Dios, se acordaban de que Dios era su roca y el Altísimo su redentor...», sin duda es la ocupación de todo adviento: recordar nuestra infidelidad en la historia de la salvación, convertir nuestro corazón y esperar en Dios como nuestro único redentor.

### **LA ALABANZA DE LAS HORAS EN EL ADVIENTO**

Cada vez que nos unimos como Iglesia (el auténtico *Opus Dei* no es de solitarios<sup>5</sup>) a cantar las alabanzas de las Horas, nos vemos sumergidos en definitiva de la iniciativa de Dios que sale nuevamente a nuestro encuentro, al cual seguimos nosotros, continuando el ritmo de la luz y del tiempo, empapándonos de la gracia que brota de toda liturgia,

<sup>5</sup> Cf. IGLH 20.

en este caso de la Liturgia de las Horas (LH).

Uno de los aspectos más propios de la LH en contraste con la eucaristía, es precisamente el curso y el ritmo del tiempo, tan especialmente fundamentales para la oración y el ritmo del Oficio<sup>6</sup>.

El año litúrgico que comienza con el adviento, marca sin duda el ritmo de vida de la Iglesia de camino hacia el Padre. Es como la primavera de la Iglesia, donde todo vuelve a comenzar, se cierra un ciclo y se abre otro. Y en este gran ritmo cíclico, el día y sus horas, va marcando el pulso del tiempo intimamente enlazado. Cristo, Señor de la historia, la ha salvado del gris repetitivo del que vive anclado en un pasado que, aunque sea glorioso, no tiene actualidad ni menos futuro. El ciclo litúrgico, precisamente por estar inmerso de la liturgia, tiene el carácter de memorial, que actualiza el pasado y nos abre a la escatología. El tiempo de las horas, es siempre un *Kairos* de encuentro, más todavía, cuando la espiritualidad propia del adviento es la espera gozosa de ese encuentro por un lado el definitivo y por otro, el de ese Niño Dios, que se nos presenta frágil y hermoso en cada Navidad.

El misterio de Cristo que celebramos en adviento, es el del Mesías esperado y anunciado por los profetas, que finalmente ha llegado para realizar las promesas y nuestras esperanzas. Es también el misterio de Aquel que ha de venir al final de los tiempos y que nos invita a estar vigilantes y con las lámparas encendidas<sup>7</sup>.

Adviento es un tiempo de una humanidad en espera, pero también de una Iglesia en espera, que somos nosotros mismos, pues el misterio del Dios que ha venido, sigue viniendo y que vendrá nos concierne especialmente, y cuanto más en los duros tiempos que vivimos nos exhorta a la fidelidad vigilante, y nos quiere convertir en

<sup>6</sup> Cf. IGLH 10. SC 83-84.

<sup>7</sup> Cf. Mt 25,1ss.

comunidad de esperanza, de modo de acoger radicalmente la llamada que nos hiciera Aparecida: discípulos y misioneros, en tiempos que nos afligen pero que no nos desconciertan<sup>8</sup>, porque la fidelidad nos viene de Dios, por eso no son vanas nuestras esperanzas y el rezo cadencioso de los salmos con sus respectivas antífonas cargadas de la espiritualidad del Adviento, nos renuevan desde dentro a la espera de la celebración del Dios con nosotros.

En la tradición de la Iglesia, la celebración del Adviento es relativamente tardía, su definitiva organización es recién en el siglo VI, sin embargo el contenido de su celebración tiene el sabor de los primeros instantes y nos llevan a los primeros días de la Iglesia apostólica. La clave para comprender el significado profundo de la espiritualidad de adviento está en el gran grito que sella la Revelación en Apocalipsis (22, 20): ¡Ven Señor Jesús!, Marana-thà.

Es la llave para entrar con todo nuestro corazón, mente y espíritu en la espiritualidad del adviento. Palabra que si la descomponemos como Maran-athà significa: El Señor viene o ha venido, aclamación colmada de contenido gozoso de la presencia del Resucitado en medio de la asamblea litúrgica. Y si la dejamos como lo hace Apocalipsis, como Marana-thà, nos remite a su clamor final: ¡Ven, Señor, Jesús! Así lo usa también Pablo al despedirse de la comunidad de Corinto<sup>9</sup>. Ambas frases de hondo contenido teológico y se urgen la una a la otra. Porque si bien, el Señor está presente en medio de su pueblo, con una presencia real y estable, tal como lo prometió<sup>10</sup>, el contacto a través de los velos del sacramento nos llevan a desear imperiosamente la manifestación definitiva del encuentro cara a cara.

La doble espera de Adviento, la escatológica y la mesiánica, dan el tono

<sup>8</sup> Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento Conclusivo Aparecida*, 20.

<sup>9</sup> Cf. 1 Co 16,22.

<sup>10</sup> Cf. Mt 18,20.

de su espiritualidad y marcan el sentido final que hacemos del Salterio en este tiempo fuerte. Los textos del tiempo de adviento, son textos bíblicos arcaicos, textos eclesiales de profundo contenido y de reconocidos autores, como también las antífonas mayores o sus clásicos himnos, nos hablan de un Oficio enraizado en la más fina tradición de la Iglesia. Pero también las preces de nueva factura, en Laudes y Vísperas, nos permiten orar con realismo en el hoy de nuestra historia.

Esta profunda espiritualidad no solo encuentra un eco visible en el rezo comunitario de la LH, sino también como la mayoría de los sacerdotes diocesanos, quienes oramos solos pero no como solitarios, porque no nos sumimos en un intimismo, sino en un realismo personalista, que pone el acento en «la vivencia del Adviento como experiencia personal, interior, de espera y de vigilancia, en el momento presente de nuestra historia y de nuestro camino hacia la plenitud de la vida en Cristo»<sup>11</sup>.

## LA LITURGIA DE LAS HORAS EN LA PARROQUIA

Tal como en otros tiempos fuertes, es muy aconsejable abrir la parroquia a la LH. Antes de la reforma litúrgica habría sido raro encontrar laicos orándola; la reforma litúrgica volvió abrir al mundo de los seglares el *Oficio Divino*. Ya que por el bautismo, todos estamos unidos al Cristo total que ora en la liturgia, y por tanto todos capacitados para brindar el culto agradable a Dios Padre por Jesucristo, en el Espíritu Santo. La *Institutio Generalis* lo dice así:

«Allí donde sea posible, celebrarán también la Horas principales comunitariamente y en la Iglesia, las otras asambleas de fieles, que “en cierto modo representan a la Iglesia visible constituida por todo el orbe de la tierra” (SC 42; cf. AA 10). Entre ellas ocupan

<sup>11</sup> CASTELLANO, J., «Adviento, tiempo de la espera de Cristo», en *Oración de las Horas*, 11 (1990) 361

lugar eminente las parroquias, que son células de la diócesis, constituidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo»<sup>12</sup>.

Sobre todo, los fieles laicos pueden ser invitados a orar en coro las horas principales o las vísperas de los domingos, como lo hacían los fieles de las primeras generaciones<sup>13</sup>. Los clérigos están delegados para asegurar la oración permanente de la Iglesia<sup>14</sup>, y a la vez alimentan en ella su ministerio pastoral, dejándose nutrir especialmente por la lectura orante de la Palabra de Dios y así convierte en vida propia el contenido de la Palabra, como lo pidió el Papa Benedicto XVI al inaugurar el encuentro en Aparecida:

*«El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. Esta es la tarea esencial de la evangelización, que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana»*<sup>15</sup>.

Aparecida nos dice que los fieles tienen en la parroquia un lugar privilegiado para el encuentro con Cristo, para hacer una profunda experiencia con Él, y de la comunión eclesial. En esta «escuela de comunión» que es la parroquia, ha de procurarse una profunda transformación de modo que resplandezca en ellas, entre otras realidades la «celebración de la fe» que animada por el don del Espíritu Santo, sin duda desemboca en una nueva evangelización. Ciertamente los párrocos nos hacemos cruces pensando en las innovaciones en la vida parroquial

<sup>12</sup> IGLH 20.

<sup>13</sup> Cf. IGLH 23. 40. 207. 271.

<sup>14</sup> Cf IGLH 28.

<sup>15</sup> Documento de Aparecida 146.

de modo que las estructuras estén al servicio de las personas y que éstas a su vez

«sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión (...) Toda parroquia está llamada a ser el espacio donde se recibe y acoge la Palabra, se celebra y se expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo, y, así, es la fuente dinámica del discipulado misionero»<sup>16</sup>.

Por tanto, una parroquia que ora la LH sin duda se convierte en una comunidad misionera y de encuentro con Cristo, dimensión esencial de toda la liturgia de la Iglesia.

### **EL ADVIENTO EN LA PALABRA DE DIOS DE LA LITURGIA DE LAS HORAS**

La reforma litúrgica, de la mano de la reforma bíblica, ha quedado plenamente plasmada en los libros litúrgicos post conciliares. Los textos bíblicos van tejiendo una cierta unidad temática a lo largo del año litúrgico y se intensifican en los tiempos fuertes. En adviento, conforme a la tradición se lee el libro del profeta Isaías, el gran profeta el adviento. En los años pares e impares, hasta el 16 de diciembre tenemos una lectura casi continua de textos de la primera parte de Isaías. El primer ciclo de años, comienza con la vocación del profeta (Is 6, 1-13) y prosigue con cinco lecturas del libro del Emanuel (capítulos 7-11). Prosiguen las pericopas del juicio de Dios y la anhelada liberación de Israel expresada en una hermosa poesía que, sin duda en una lectura orante de las Horas, puede re encantar el corazón con el regreso del Señor y el pensamiento sobre la «nueva Jerusalén».

En este mismo ciclo, (año impar) se lee el libro de Rut que es un libro verdaderamente de corte universal, de amplios horizontes, cuyos personajes tan humanos se entrelazan en una historia popular con valores como la fidelidad y la solidaridad, la piedad y la generosidad que empalman con las motivaciones propias del adviento.

<sup>16</sup> Ídem.

Finalmente, en la corriente mesiánica se lee la profecía de Natán tomada del libro primero de Crónicas, donde el profeta le anuncia a David una dinastía estable; pero el protagonista mesías, más que un rey terreno, tiene referencias más claras a Dios que actúa como Rey único<sup>17</sup>. Culminan este ciclo cuatro pasajes del libro del profeta Miqueas: los pueblos que peregrinan al templo del verdadero Dios (Mi 4, 1-7), la profecía sobre Belén (Mi 5, 1-8) y dos perícopas de la esperanza de la salvación.

En el ciclo par, el único libro es el de Isaías, en una lectura casi continua.

La segunda parte del adviento, es decir, a partir del día 17 de diciembre, Isaías asume el rol protagónico con su segundo libro, que permiten una mirada más escatológica del Mesías, con el anuncio del retorno del exilio y la llegada del Reino de Dios, Salvador y Redentor. Estos textos hacen un hermoso contrapunto con las lecturas de la eucaristía en que se lee a Mateo y Lucas en sus primeros capítulos, de la infancia del Señor. Las «primeras lecturas» de la misa se eligieron en relación al texto del Evangelio.

### LAS ANTÍFONAS «O» DEL ADVIENTO

Las siete antífonas mayores que se aclaman antes y después del Cántico del *Magnificat*, en las vísperas de la segunda parte del adviento (a partir del día 17 de diciembre), son la médula de la liturgia del Adviento. Hoy, ya está bastante más claro el origen romano de estas antífonas, incluso atribuibles al Papa Gregorio I del siglo I. de gran riqueza bíblica y literaria, llegan a configurar una notable pieza del antifonario romano. Se componen magistralmente en una primera parte de admiración, y una segunda de súplica anhelante e intensa de la venida del Señor. Dom Guéranger es quien nos lleva degustar estas antífonas como la «médula del adviento» y además «Se ha hecho destacar que las letras iniciales de cada una de las siete antífonas,

<sup>17</sup> 1 Cro 17, 1-15.

remontando de la última a la primera, forman un ingenioso acróstico que da la respuesta del mismo Cristo a la súplica reiterada de su Iglesia: *Ero cras* («Estaré aquí mañana»)<sup>18</sup>.

El contenido de ellas, es el misterio de la venida de Cristo, desde los albores de su preparación hasta su completo desenlace. Gozaron a lo largo de la historia de un esplendor por su canto, especialmente en monasterios y catedrales, que hoy se echa de menos. Aunque las antífonas pudieron ser creadas para el *Benedictus*, al tratarse de la médula del adviento, no cabe duda que este misterio se enlaza mejor con la figura de la Virgen. Ella es la señal de Isaías. Misterio ante el cual solo nos cabe admirar, ya que no se puede contaminar con racionamientos explicativos. Por eso, no pocos, introdujeron una octava antífona que comienza invocando a la Virgen de las Virgenes. También las antífonas tienen una directa relación a los siete dones del Espíritu Santo. Si seguimos el orden de las antífonas tomadas del libro del Papa San Gregorio Magno (540-604), muy sintéticamente podemos decir de ellas:

La primera canta a la Sabiduría creadora de Dios que hace nuevas todas las cosas y no se desentiende de ellas, consecuente con el don de Sabiduría. La segunda, plena del don del Espíritu de la Piedad, nos habla de esa zarza ardiente que no se consume ante Moisés, como presencia ardiente del Señor. La tercera nos habla del renuevo de Jesé como el estandarte que se levanta sobre los pueblos, plasmado del don de la Fortaleza. De la raíz de Jesé salió el rey David, de quien nos viene el Mesías. La cuarta antífona, inspirada en el Apocalipsis 3, 7, nos habla de Jesús como el guardián de la puerta y que tiene en sus manos la llave, congruente con el don de Inteligencia. La quinta antífona nos habla de ese sol que nace en el Oriente, que ilumina incluso el alma, que es eterno, pues no conoce ocaso, en

<sup>18</sup> FLICOTEAUX, E., «Las antífonas “O”», en *Cuadernos Phase* 174 21

directa relación con el don espiritual de Ciencia. La sexta que se refiere al rey de las naciones y piedra angular, que une en sí a los dos mundos, el de la Antigua y Nueva alianza y constituye una sola Iglesia, congruente con el don del Espíritu Santo del Temor de Dios. La séptima antifona, hace referencia al Dios con nosotros como rey y legislador, en clara unión con el don de Consejo. La octava antifona, que no está entre las primeras creadas, menciona a la Virgen María, con referencia al Verbo que toma carne en Ella y en el cual habita la plenitud del Espíritu Santo.

Siempre puede haber más material y pensamientos acerca de este tema, pero creo que lo recapitulado hasta aquí, puede ayudarnos en nuestra vida espiritual.

**CONALI**  
**noviembre, 2011.**